

## Ficciones y realidades

(Continúa)

Una vez en casa de don Aniceto, y después de los saludos y mutuos cumplidos de doña Teresa y don Benito, se entabló una conversación animada respecto á Jeromo. Doña Teresa, lo propio que su marido, encontró admirable la idea de llevarlo al colegio.

—Yo, dijo don Benito, llevaré los míos el año próximo. Ya ven ustedes: me va á costar un sentido, pero qué se va á hacer. Tengo muy en la conciencia que vale más dejarles educación que dinero.

—¿Y á qué colegio? preguntó doña Teresa.

—Las niñas, contestó don Benito, irán á las monjas, en donde hay una hermana de Rita, y los muchachos, al colegio en donde yo estadié, y que según me informa un amigo en carta que recibí días hace, ofrece hoy, por la calidad de sus maestros, toda clase de garantías.

—Al mismo colegio irá Jeromo, exclamó entusiasmado don Aniceto. Me seduce la idea de que quede con los hijos de usted. De modo, don Benito, que lo importante ahora es saber y preparar lo que se necesita para el colegio.

Don Benito sacó del bolsillo del pecho varios papeles, escogió uno entre ellos, y alcanzándoselo á don Aniceto, le dijo:

—Aquí tiene usted el programa del colegio: en él encontrará usted toda la información necesaria.

—Muchas gracias, don Aniceto; pero como yo en esto soy muy poco entendido, y usted sí sabe mucho de esas cosas, le suplico me ayude y seguiré punto por punto lo que usted me in lique.

—Usted sabe, don Aniceto, que en esto como en todo, estoy á las órdenes de usted, contestó don Benito.

Entre estas charlas y otras fue viniendo la tarde, y después de haber acordado el día en que debían llevar los niños á la ciudad, que fue uno de los últimos de Enero, y dado las gracias por las atenciones recibidas en casa de don Aniceto, don Benito, aspirando un habano, obsequio de doña Teresa, tomó el camino de su casa.

Doña Rita, ayudada por algunas amigas, se dio á la tarea de preparar la ropa que necesitaban sus hijos. Lo propio hizo doña Teresa, si bien con menos apremio, tanto por tratarse de una sola persona, como porque Jeromo tenía ropa hasta lo superfluo.

Jeromo y los hijos de don Benito emplearon el tiempo que les restaba por permanecer en el pueblo en despedirse de las familias amigas y entregarse en sabrosa libertad á vagar sin rumbo por los parajes de sus juegos, como para decirles adiós.

Jeromo tenía deseos de vivir en la ciudad, y el despego que principiaba á notar en sus padres le hacía grata la idea de dejar la casa. Sus compañeros, si bien es verdad sentían el aguijón de ver cosas desconocidas y nombradas, todavía al pensar que iban á vivir lejos de sus padres, se acongojaban en el alma, y á veces, en medio de alegres parlas, y sin que Jeromo atinara con la causa, dejaban de hablar y con los ojos bajos permanecían buen rato. Por las noches se agrupaban al rededor de don Benito y de doña Rita, como para convencerse de que todavía estaban con ellos. Maruja muchas noches se despertó llorando porque había soñado que estaba encerrada en una casa inmensa y fría, llena de personas desconocidas y en donde en vano había llamado y buscado á su madre.

El día de marcha llegó por fin. Hasta bien entrada la noche hubo movimiento en las dos casas, empacando esto y liando aquello, de manera que todo quedara aparejado para la madrugada del día siguiente. Don Aniceto hizo dejar en el pajar las cabalgaduras escogidas para el viaje, y desde que el alba apuntó estuvo en pie disponiendo los trabajos que debían hacerse durante su ausencia.

El ir y venir de los criados, el sonar de estribos y el rechinar de puertas, obligaron á doña Teresa, acostumbrada á levantarse entre diez y once de la mañana, á dejar el lecho, todavía adormitada, minutos después de las cinco. Jeromo se levantó con ella.

Tomadas las refecciones que el caso exigía, y listos en traje y porte, don Aniceto y Jeromo principiaron la despedida, la cual no resultó ni larga, ni interesante: unos floriqueos de doña Teresa, un abrazo á medio pecho de don Aniceto y otro de Jeromo á pleno pecho y con los dos brazos y.... andando.... á casa de don Benito. Allí, en aptitud de espera, se veía un carruaje uncido á su pareja, y tres caballos ensillados. Don Aniceto dio los buenos días desde la calle, y don Benito, que acababa de hacer los últimos arreglos en su vestido de marcha, la ordenó diciendo: vamos, hijos, despídanse y á montar. Los niños fueron despidiéndose de las personas que estaban presentes, sin olvidar las de la servidumbre, y acompañados de doña Rita, que, triste pero resignada, los llevaba por la mano, salieron á la calle. Los hombres tomaron los caballos y la niña el carruaje.

Doña Rita, sin llorar de veras pero visiblemente abrumada de dolor por la separación de sus hijos, iba de unos á otros dándoles consejos, abrazos y besos. Don Benito puso término á la despedida entrando en el carruaje. El auriga blandió la fusta y todos se pusieron en movimiento, enfilando por la calle que cae sobre la carretera central.

A los pocos días de estar en la ciudad entraron al colegio, los hombres al que había escogido don Benito y la niña al convento de las monjas.

Lo que sufrió Jeromo en los primeros días, no es para contado. Las disciplinas del colegio no se compadecían con los hábitos que desde la cuna se había formado. El tener que levantarse temprano y á golpe de campana, lo encontraba insufrible. Pasaba las horas pensando qué camino tomar, y si sería mejor dejar el colegio á hurtadillas é

irse á casa de doña María, ó si convendría más implorar la compasión de don Aniceto y de doña Teresa, y volverse á su pueblo. Embargado en estos pensamientos dejaba correr los días sin estudiar y las noches sin dormir, volviendo al cabo de tanto pensar á idénticas incertidumbres y á las mismas tristezas. Extraño á toda recreación, pasaba las horas de recreo cabizbajo y mohino, sin que fuera parte á darle ánimo la alegría que bullía en torno suyo. Los hijos de don Benito, tristes también, aprendían, sin embargo, como más acostumbrados al estudio, y eran los amigos y confidentes que Jeromo tenía en sus cuitas y pesares.

De uno en otro día se iban deslizado las semanas y los meses, y Jeromo, que por sí y ante sí fijaba término para dejar el colegio, sin atreverse, empero, á efectuarlo, se resignó al cabo á seguir en él, conforme lo querían sus padres. No estudió, es verdad, pero dejó el encogimiento de los primeros días, tomó parte activa en las recreaciones de los compañeros y fue en los corrillos uno de los más alegres y decidores. Don Aniceto no le escaseaba el dinero, y por su medio se hizo á muchos amigos, sobre todo entre los más bullangueros y revoltosos del colegio, llegando á ser él uno de los primeros.

Los domingos se la pasaba en casa de su abuelita y de sus tías; y como estas buenas señoras no gustaban de diversiones, no permitían que Jeromo participara de ninguna, si no era de las que ellas mismas le proporcionaban en casa de unas amigas muy ancianas ya, que tocaban el arpa y el acordeón, y tenían para su propio entretenimiento gatos y loros y una huerta bien surtida de árboles frutales que quedaban á discreción de Jeromo.

Don Aniceto, que por propósitos que él se sabía y que la parentela adivinaba, sentía por doña Micaela, su hermana mayor, á quien daba el título de tía, y por doña María, su madre, una veneración rayana en miedo, tenía sobre aviso á Jeromo, para que fuera con ellas cariñoso y

obediente en extremo. Jeromo iba aplomado en este particular, y hasta llegó á no sentir la sujeción en que lo ponían los domingos.

Doña María pasaba ratos muy sabrosos con el último de sus nietos. Le abrumaba á preguntas sobre la vida que él y sus padres hacían en el campo. Le miraba y le remiraba. Pero si este muchacho es el mismo Aniceto. Sí, el mismo, repetía doña Micaela, que adoraba á Jeromo, porque rezaba claro y con tanta voluntad, y porque en las visitas no movía pie ni mano, detalle á que daba doña Micaela suma importancia....

—Pobre Aniceto!, cómo sufriría con el sueño que tuvo la otra noche. Si mirando este primor es como le cojo la extraña al sueño.

—¿Qué sueño? preguntó doña María.

—¡Cómo, qué sueño! pues el que nos contó Aniceto á sumerced y á mí, sentado en este sofá y con los ojos llenos de lágrimas. Pues, figúrese sumerced, de repente se ilumina la alcoba. Un resplandor que no acierta á definir Aniceto, circunda el lecho en que dormía el niño con su abuelita materna. Era la Virgen, que venía por Jeromito; la abuelita despierta, y ahí le va una lucha brazo á brazo con la Virgen. Tirón va y tirón viene, hasta que al fin vence la Virgen, y desaparece con el angelito camino del cielo. No, no, Jeromo irá al cielo, pero tarde, muy tarde.

Y haciéndole carocas, á modo de ajonjeo, le dijo:

—Pero cuidado, Jeromo, con ir á ser tan bonazo como Aniceto, que ya se pasa.

Parece que Jeromo hubiera tomado por lo serio las palabras de la tía, pues á poco, la persona que obraba como acudiente, dio en recibir malos informes de la aplicación y con lucha de su acudido, é inmediatamente puso en el caso á don Aniceto, quien contestó alarmado: “No omita usted medio para que Jeromo siga en el colegio, y haga todo lo posible á fin de que ni mamá ni tía Micaela sepan que es discípulo y desaplicado. Tengo especial interés en ello.”

Don Aniceto tenía embaucadas á doña María y doña Micaela, haciéndoles creer sueños y visiones que jamás le habían pasado sino por la imaginación, y como todo lo decía con cara de bobo perfecto, las buenas señoras le oían aleladas, y llegaron á tener por Jeromo no sólo cariño sino veneración. Con estas pilatunas pretendía don Aniceto, y vaya que era modesta la pretensión, que doña María le donara á Jeromo la hacienda de *Quebrablanca* y doña Micaela sus potreros de *El Pajonal*. Se comprende, pues, el interés de don Aniceto, en que su hijo no fuera á perder el terreno que para él estaba ganando.

Pero la juventud, entre sus atributos admirables, tiene uno que la realza y avalora: no admite convencionalismos y deja ver el alma como es, sin ambages ni melindres. Jeromo soltó la cuerda que su padre le había puesto en la mano, y á poco andar fue con abuela y tías, lo que con don Aniceto y doña Teresa, discípulo y repostero.

Un domingo no fue á la casa, y doña Micaela supo con extrañeza que estaba penado en el colegio. Al siguiente tampoco fue, y cuando doña María le preguntó la causa, le contestó con aire de independencia, que le habían entretenido unos amigos, y le hizo saber, además, que en lo sucesivo no vendría todos los domingos.

Doña María y doña Micaela encontraban inaudito y hasta pecaminoso que un muchacho fumara, y cuál no sería su asombro cuando un día acertaron á pasar por un corrillo en que estaba Jeromo con el sombrero hacia atrás y la colilla en la boca. Quisieron frsele encima y raparle la colilla y darle un cocotazo, pero la prudencia las contuvo, y con un “válgame Dios, pobre Aniceto,” se alejaron ensayando sentencias para echarle á Jeromo cuando lo tuvieran á la mano.

El día llegó, y doña Micaela, acostumbrada por sus otros sobrinos á ser obedecida sin demora y á que su voluntad se cumpliera sin obstáculo ni pero, se preparó en cara y actitud á desgranar los rayos de su indignación so-

bre la cabeza del culpado Jeromo. Pero éste, no bien hubo principiado doña Micaela con amenazas y golpeteos en la mesa, la paró diciéndole :

—Tía, usted no tiene derecho ninguno á regañarme; cada cual manda en lo suyo, y lo que yo gasto es de mi padre.

Pobre doña Micaela! si no hubiera tenido conciencia de que Jeromo era rico, allí hubiera sido el quitarse el pantufllo y desahogar la cólera en la humanidad de su sobrino, pero el dinero la ponía en miramientos, y descoyuntada, pálida, casi llorando, se dio á menear, sin acertar tejido, los bolillos de hacer encaje, mientras Jeromo, retorciendo un bastoncito de mimbre, se alejaba tarareando un aire.

Y todas estas cosas, justamente cuando don Aniceto encontraba incomparables las tierras de *Quebrablanca* y de *El Pajonal*. Ahora Jeromo lo echaba todo á perder.

Don Aniceto, con calumnias que harían enrojecer el rostro de cualquier hombre honrado, había denigrado á toda la parentela para hacer el vacío al rededor de doña María y doña Micaela, y poder, á sus anchas, chupar los ahorros de estas buenas señoras. Nada le importaba gatear por toda humillación, con tal de medrar.

Doña Micaela, que era de suyo imperativa, andaba á veces bruscona con don Aniceto, pero él permanecía siempre imperturbable, y mientras más dura doña Micaela, él más suave de risa, más humilde de ojos, y más recogido de cuerpo. Don Aniceto había hecho pasar á Jeromo ante abuela y tía por un santo, y ahora resultaba que tía y abuela cambiaban por entero de parecer respecto del chico. Era casi seguro que esto les serviría de hilo para deshacer el ovillo y dar con la conciencia oscura, medrosa y enredada de don Aniceto, y poner en claro su conducta malévola, pero por fortuna para él no sucedió así, y pudo seguir su camino de explotación, modificando un poco la táctica y empeñándose más rudamente en su tarea de buzo en el arca ajena.

Y no era sólo en esta forma como don Aniceto tendía las manos al bién ajeno. Era rico en recursos á este parti-

cular. Muchas personas, seducidas por las apariencias de hombre honrado que mostraba, le pedían favor para que les dejara tener una ó dos ovejas en su rebaño. Nunca negaba tan insignificante pedido, pero pasado un tiempo, buscaba al peticionario y le decía : “amigo, usted es de malas, su oveja se ahogó”; y si el dueño exigía de su malograda finca el cuero siquiera, don Aniceto le respondía muy campante : “Qué cuero ni qué nada, usted lo sabe, los gallinazos de *Quebrablanca* son terribles, no dejan ni cuero ni huesos.” ¿ Y qué había pasado en definitiva? Que la oveja había entrado en la cuenta corriente de don Aniceto, transformada en billetes.

Gustábase sobremanera á nuestro personaje sembrar en compañía en las tierras de los vecinos. En una ocasión tocóle el turno á doña Josefa, cuñada suya, mujer viuda y que no contaba para conllevar las necesidades de la familia, sino con lo poco que año por año rendía una corta heredad, único patrimonio que á sus hijos había quedado. Palmas batió la viuda al verse asociada á su cuñado, cuya honradez nunca había puesto en duda, y el cual de seguro se interesaría por sus sobrinos, con quienes se mostraba chancero y amable y hasta generoso por tiempos, regalándoles un dulce ó una fruta. La siembra era de trigo y se puso para alabar á Dios, pero á la siega se echó de ver que no estaba parejo : en partes admirable y en partes vano. Don Aniceto, que dirigía el trabajo y que sabía por dónde había grano y por dónde nó, lo hizo segar por parejo, contra lo que se acostumbra en tales casos, teniendo cuidado, por supuesto, de que lo amontonaran en gavillas separadas.

Pretextando luégo un sinnúmero de razones, que no eran en definitiva sino otras tantas marrullerías en que era inagotable, propuso que la división del trigo se hiciera en el barbecho, y gavilla por gavilla.

Doña Josefa, que poco entendía de agricultura, y que era la buena fe personificada, no puso reparos, é inmedia-

tamente don Aniceto hizo llevar á sus eras las gavillas, en cuyos manojos el grano estallaba, y dejó para la cuñada y los sobrinos las gavillas de rastrojo y de espigas vacías. Las gentes de la comarca supieron el caso, y hubo quien quisiera llevar ante el juez el robo que de modo tan inicuo acababa de hacer el vampiro de Quebradablanca, pero la cuñada, buena y generosa, no consintió, porque iba en ello el honor de la familia.

Al año siguiente, doña Josefa, un poco escarmentada, no quiso por socio á su cuñado, y haciendo sacrificios incontables, logró sembrar maíz en toda la extensión de la heredad; y quiso el Señor darlo tan bueno, que las personas viejas aseguraban no haber visto cosa igual, en los días que llevaban de vida. La troje sintió crujir sus muros, y la abundancia, con su natural cortejo de bienestar y de alegrías, entró de rondón en la casa de la viuda y de los huérfanos. Desde que las panojas principiaron á desmayarse sobre las cañas, comenzaron los proyectos halagüeños en aquella pobre familia, acariciada esta vez por la fortuna. ¡Ah! ¡Qué sueños tan seductores hubo entonces, pero cuán efímeros fueron!

El voraz gavilán se acercaba á aquella casa. Don Aniceto, desde el portal, dejaba oír su voz monótona.

—Este año ha sido bueno, dijo el viejo trapacero y goloso, después de saludar á la cuñada y de motejar de modo chancero á cada uno de los sobrinos. Y muy buena cosecha, ¿no? La fiesta del Carmen la hice por que la Virgen no fuera á dejar perder su maíz, cuñada. Me intereso por él más que si fuera mío. Pero ya se ve que es de usted y de mis sobrinos. Bendito sea Dios que ya está seguro. Y por supuesto que ya tiene comprador, ¿no? Pero mucho cuidado, porque hoy hay tantos bribones. Si todos fueran como úno.... de conciencia delicada.... pero.... no, señor, el todo está en vivir con lo ajeno. ¿Y piensa usted venderlo?

—Sí, Aniceto, contestó doña Josefa.

—Ajá.... Pues bien podemos hacer una cosa para que el dinero no corra ningún peligro. Yo se lo compro.

¡Y oh iniquidad! El trato se hizo, el maíz marchó á la ciudad por cuenta del mañoso estafador, pero el dinero no llegó nunca á poder de la vendedora, y así, por segunda vez, don Aniceto echaba por los suelos un mundo de esperanzas y dejaba sin pan y sin abrigo á una viuda y á unos huérfanos.

Muchas personas, que comentaban tan indigno proceder en casa de doña Josefa, se dieron á contar casos y más casos de aquel gánapiro bribón, que con la boca quitada, sin escrúpulo ninguno, las reputaciones mejor sentadas, y para quien no había hombre que no fuera pícaro y ladrón: se dieron á contar historias, digo de aquel don Aniceto, modelo de Tartufos, que encontraba deleitación indecible en manchar toda fama y toda virtud, y el cual sentía rebotar la sangre en las abotagadas mejillas, cuando veía las miserias ajenas, ó cuando podía aumentar su propio patrimonio con los bienes del prójimo.

—No se le dé nada, prima, dijo doña Lola á doña Josefa, mi compañero Aniceto es así. Mira: hace siete años le mandé cincuenta cargas de costales para dividir el trigo que teníamos en compañía, y hasta hoy.... ni trigo, ni costales. Já, já! Si es trascordadísimo, á casa va cuando hay higos y duraznos.... le gustan tanto, y ya sabe que son para él. Pobre mi compañero Aniceto.

—Pero eso no es nada, interrumpió un labriego. Si quiera mi señora Lola es rica, pero yo que por todo haber no tenía sino un yugo, pues se dio sus trazas el patrón Aniceto y se quedó con él, y también hasta hoy. Y pierdo el tiempo pidiéndoselo, pues no da más respuesta que "ajá, ajá, ¿conque sí, nó? conque quería yugo, no era malo, ajá."

Don Cleto, hermano menor y niño mimado de doña Lola, el más gracioso parlador del pueblo en chascarrillos y cuentos y que siempre con el pie en el estribo estaba pronto á dejar trotar su desmazalada cabalgadura á toda fiesta, á

toda jira, á toda boda, á todo lugar en donde hubiera expansión y alegría, en donde pudiera correr y ser celebrada su conversación picante y jocosa, y estar á sus anchas su corazón generoso y noblote, le daba la espalda á los interlocutores que acabamos de presentar, como á unos seis metros. Ocupábase en averiguar lo que el día anterior había gastado en un rapto de generosidad. Llevaba los dedos de aquí para allí, en abanico, haciendo cuentas. Consultaba un periódico, que doblado en pequeños pliegos, le servía á modo de cartera, y después de sacar en limpio que el gasto había sido grande y de dar un suspiro, giró sobre los talones con poca destreza, en verdad, y fue á tomar parte en la conversación sobre don Aniceto.

—A ver, entró diciendo. Yo les aseguro á ustedes que nada hay más malo que mi compadre Aniceto. ¿No se acuerdan cuando le di en arrendamiento el *Juncal*? En el negocio se comprometió á darme rastrojo para traspajar la casa y á dejarme en lo suyo donde sembrar un poquito de maíz. No hicimos documento porque él dijo que entre hombres honrados no había para qué, y nada me cumplió, y cuando le pedí el potrero, por lo irregular de los pagos y porque me lo estaba destruyendo, le echó todos los animales que encontró en el pueblo, y de despedida se llevó puertas, alambres y postes. Don Cleto tomaba aliento para continuar, pero la llegada del señor Cura libró á don Aniceto de la facundia de su compadre, quien, un poco cohibido por la presencia del sacerdote, pretextó cualquier cosa, y caballero en su bayo, animal más querido para él que su misma cara mitad y al cual los netezuelos de don Cleto apodaban el zapatón, por sus formas irregulares y bruscas, se alejó paso entre paso, con el cuerpo ligeramente inclinado á la derecha y los ojos bajos, en actitud de quien busca algo. Dejémoslo que vaya donde le plazca y volvamos á nuestro cuento.

Estaba en las miras de don Aniceto tener en la mano el pulso de doña María y el de doña Micaela, sobre todo de la primera, á quien los achaques de la edad ponían ya en el

término de la vida. Importaba en alta manera y sin pérdida de momento, verla, adularla, sonreírla, ganarle el corazón, y nada que viniera tan á molde para excosar las frecuentes visitas que le hacía, como el pretexto de vigilar de cerca á Jeromo. Y vaya que era dadivoso don Aniceto. Nunca se presentó á su madre con las manos vacías. En una cestica de tupida filástica le llevaba rosquillas de maíz, las más veces, y otras, mantecados y bizcochos, y cuando el viaje era casi repentino no olvidaba, con todo, para obsequiarla, poner algo en el bolsillo ó en el canto de la ruana. Y estas cortedades sólo servían, según él, para que doña María viera cómo no la olvidaba un momento, "porque cuando en casa, decía, hacen cosa que pase de lo ordinario y corriente, se me atora (y se ponía la mano en la garganta) si no aparto alguna pendejadita para traerle á sumerced."

Don Aniceto tenía acaparadas las propiedades de doña María en calidad de arrendatario, pero en realidad las disfrutaba como propias, pues quejándose de que poco les sacaba por lo malo de los años y por lo mucho que en ellas gastaba para darles algún valor con el tiempo, y las mejoras, pagaba los arrendamientos, que en conciencia y ley de Dios valían por año muchos miles, con los presentes que hacía á doña María, y que el lector conoce, y con alguna otra nonada ridícula, que es mejor no menear aquí. Doña María todavía recibía estas cosas con escrúpulos por temor de defraudar á su hijo, pero él la tranquilizaba diciéndole:

—Es verdad, mamá; esas fincas las tengo caras, pero con sumerced no reparo y Dios no me ha de faltar. Y ¿sí sabe sumerced la envidia que me tienen los de la familia, porque dicen que sumerced me deja las fincas sin llevarme nada? Pues, sí, señora, me hacen una guerra cruda. ¿Y qué mal les hago yo? Sumerced lo sabe. Protegerlos, hacerles la caridad sin tener en cuenta de si me lo agradecen ó nó.

En esto doña Micaela, que regaba los tiestos de flores del corredor vecino y que oía la conversación mientras po-

daba un geranio ó recibía el agua que sobraba en los tazones, dejó oír su voz imperiosa y seca.

— Usted, Aniceto, tiene la culpa de todo por bobo y por majadero. Si usted hubiera castigado á tiempo á Jeromo, tendría hoy un muchacho modelo, y si usted no fuera tan bonazo, no querrían los de la familia comérselo á dedadas.

Don Aniceto, á las reprimendas de doña Micaela, ponía una cara santurróna, propia á mover la compasión ó la risa, y con un tono que le era peculiar respondía :

— Pero tía Micaela, es que yo no puedo ser de otro modo. Vea, tía, ya no soy ambicioso. Trabajo porque me gusta y porque es ley de Dios. Averigüe, tía, quién es el todo en el pueblo. Yo. Que vienen los padres de la misión, yo me entiendo con todo; que hay necesidad de hacer casa cural, pues allá mis bueyes, mis carros, mi dinero; todo lo pongo á disposición del señor Cura. En fin, tía; yo soy el alma en toda obra buena. Mi conciencia no me acusa nada malo, y sin embargo, hay gentes que me odian y me defraudan. Y es que yo soy de malas. Recuerden cómo papá.... pero basta, no repitamos nosotros las calumnias con que don Aniceto mancillaba por encima de la tumba una memoria inmaculada, á la cual hubiera debido tributar ferviente culto en el sagrad\_ del corazón. Y cómo serán mis parienticos, continuaba don Aniceto, que andan diciendo que yo tengo sugestionada á mamá para que me deje todo.

— ¿Y qué les va ni qué les viene á esas gentes?, replicó impaciente doña Micaela. Mamá es libre de dejarle á usted cuanto quiera.

— Eso mismo digo yo, y no por ambición, sino por dardes en qué entender; que hablen por algo. Y sobre todo, usted y yo, tía Micaela, tenemos nuestros méritos: por ser los mayores, trabajamos en la formación del capital, y hasta nos tocó la crianza de los hermanitos. Y yo, tía, me he desvivido por mamá.

— Sí, Aniceto, sí, Aniceto, así lo reconozco, contestó doña María con el aire marcadamente triste de la víctima que presente el golpe fatal.

— De modo, mamá, continuó don Aniceto, revirando los ojos hacia doña María, que si sumerced quiere, de su libre y espontánea voluntad, mejorarnos á mi tía Micaela y á mí, la ley se lo permite. Los demás merecen algún castiguito, y con algo que sumerced les deje es suficiente. Y vea, mamá, no porque yo vea que es caso de muerte, pues á la Virgen le tengo pedido que cierre yo los ojos primero que sumerced, pero por prudencia, por aquello de que uno no tiene la vida comprada, sería bueno que sumerced hiciera testamento. Al hacerlo, tenga sumerced en cuenta mis méritos y la manera como con sumerced se han manejado los demás.

Doña María, que era la bondad personificada, y que nunca llegó á imaginarse que en don Aniceto hubiera sombra de maldad, le contestó:

— Sí, Aniceto, yo también he pensado arreglar mis cosas, y lo estaba esperando á usted para que me indicara cómo debo hacerlo.

— Muchas gracias, mamá, por la confianza que en mí deposita. Pues.... ahora se me ocurre.... voy ahora mismo á traer á don Petronilo: él es el apropiado para el caso. Ah! don Petronilo es hombre excelente. Haga de cuenta, mamá, que es otro yo, otro Aniceto. El redactará el testamento y yo le iré trazando el camino.

Doña María, mañosamente engañada por don Aniceto, consintió, y á pocos momentos don Petronilo se presentó en escena. Haz de cuenta, lector, que tienes delante un rey de espadas con cubilete en vez de corona, y en lugar de manto y talar, levita y perneras de paño gastadas por el uso, y tendrás el físico y la indumentaria de don Petronilo. Piénsa que hacía parte de una sociedad muy renombrada por sus malas artes, é irás entrando en malicia de la parte moral del abogado, amigo y compañero de don Aniceto. Don Petronilo recibía buena remuneración; así pues, entre los dos hicieron el testamento, por el cual don Aniceto se quedaba con casi todo el haber de doña María. Para llegar

á este resultado empleó don Aniceto todo el tiempo que Jeromo estuvo en el colegio, es decir, seis años.

Jeromo y los hijos de don Benito no habían vuelto á salir de la ciudad desde el día en que vinieron á ella por primera vez. El temor de que la vida del pueblo pudiera emperezarlos en los estudios, había hecho adoptar esta línea de conducta. Don Benito y doña Rita venían á los exámenes: los jóvenes les presentaban las mejores calificaciones en las clases y el número más alto en la conducta, y la niña, además de esto, les daba las más gratas sorpresas, exhibiendo en el salón de actos del convento, costuras, bordados y dibujos que llamaban la atención de los conoedores. Don Aniceto y doña Teresa venían también, pero á recibir decepciones de su hijo, quien solía perder los cursos y en conducta sacar un número apenas por encima del que excluía del colegio.

A los seis años de estar en el colegio los hijos de don Benito, terminaron el programa de estudios con notable aprovechamiento: Jeromo lo dio por terminado también, pero en realidad era muy poco lo aprendido. Sabía, sí, firmar, hacerse bien el nudo de la corbata, apreciar las elegancias de la moda, y gastar dinero sin són ni ton. Las enseñanzas de doña Teresa no habían dejado germinar ninguna otra, y Jeromo no aprendió letras sólo porque era rico. Después de seis años de vivir lejos del pueblo natal, justo era que volviera á él. La hija de don Benito, señorita ya y de atractivos seductores para no separarse más de doña Rita, y los jóvenes para descansar un tanto y volver luégo á las carreras profesionales, y Jeromo para entregarse á los negocios, según el querer de don Aniceto.

Desde un mes antes de dejar la ciudad se sabía en el pueblo la vuelta de tan simpáticos huéspedes. Y como en un pueblo la vida social es tan poco variada, el caso fue muy hablado por todas las gentes del lugar. Los comentarios iban y venían. Que Jeromo está hecho un hombre y

muy juicioso. Que no, señor, y que lo traen porque no estudia y en la ciudad gasta mucho dinero. Que los hijos de don Benito son muy inteligentes y que aprendieron mucho. Que Maruja está bellísima. Que vienen pronto, que mañana, que dentro de ocho días. Que vendrán orgullosos, que no, que sí. Y que esto y que aquello, y vuelta á lo mismo.

Las muchachas revolvían el baúl y cortaban la tela y cosían el traje y preparaban el adorno, así como para no aparecer tan campesinas á los ojos de los que venían de la corte. Los jóvenes por igual revistaban los vestidos, y que el sastre ahora y que el zapatero después, y arréglala por aquí y cómprala por allá, y todo para recibir como convenía á Jeromo y los hijos de don Benito.

Al último se supo el día de la llegada, y entonces fue el preparar cabalgaduras y el uncir carretas, y el salir á pelotones por la carretera central hasta bien lejos del pueblo. La tarde se mostraba apacible y la brisa que corría apenas levantaba rumor en los rastrojos y hacía vibrar con tristeza los hilos telegráficos. Las miradas se tendían escrutadoras camino adelante, pero nada denunciaba el paso de los viajeros. El sol ya sobre el horizonte alargaba las sombras y cubría de fantasmas el paisaje. Cuando todos daban por cierto que no llegarían esa tarde, y desalentados se preparaban á regresar al pueblo, á lo lejos se divisó un carruaje y un galope de jinetes. Son ellos, gritaron todos. Sí, son ellos, dijeron los niños que redondeaban la comparsa. Los caballos no dejan duda; allá vienen *El Cristal*, *El Azulejo* y el castañito, y fueron nombrando los caballos de don Aniceto.

Las muchachas se arreglaban el sombrero y se componían la toquilla; los jóvenes se ordenaban el cabello con la mano, y se ajustaban lo mejor posible las prendas del vestido, y los niños con pañuelos y sombreros saludaban á los que á todo andar se acercaban al grupo. Un momento más y el carruaje y los jinetes hicieron alto, y esto y quedar ji-

netes y carruaje envueltos en una nube de gente, todo fue uno, y entonces qué de saludos, qué de abrazos, qué de apretones de manos, qué de confusión en el hablar. Y éste decía y aquél agregaba, y la alegría iba de aquí para allá como en mar revuelto.

Pasada esta primera explosión, todos reunidos tomaron la vuelta del pueblo mientras la noche reducía los horizontes y aparecían las estrellas, y la luna en el oriente iniciaba su marcha de reina. Llegados al pueblo, don Benito y doña Rita invitaron á todos los de la alegre banda á tomar la merienda y á pasar la velada en su casa. La propia invitación hicieron don Aniceto y doña Teresa para pasarla en la suya, pero prevaleció la primera. Y ya en la casa y libres de los atavíos de viaje, los recién llegados fueron objeto de la más viva admiración. En el primer momento y con la emoción del encuentro la observación no había sido posible, pero ahora en el salón y á la luz de las bujías, no hubo detalle que pasara inadvertido. Qué guapos los hijos de don Benito! Qué alegre y chancero Jeromo! Qué hechicera Maruja!

La conversación estuvo en extremo animada. Quién recordaba episodios de la escuela de doña Petra; quién azares de la vida de colegio; éste hablaba del día en que habían salido del pueblo; el otro del placer de volver á ver tierras amigas y seres queridos.

Avanzada la noche, los convidados se retiraron junto con don Aniceto, doña Teresa y Jeromo.

Y fue noche de inolvidables emociones para los hijos de don Benito. Volver al hogar después de tantos años de ausencia es cosa más para sentida que para dicha. A dondequiera que se tornaban los ojos, encontraban objetos conocidos: aquí los retratos de los antepasados, como complacidos de volver á verlos; allí el cuadro de las devociones de la familia, medio desteñido por el tiempo; más allá la silla mayor en donde solía sentarse don Benito á distribuirles dulces y juguetes, y por todas partes la casa de sus

padres en donde habían nacido, en donde habían pasado los años de la niñez, tenido las primeras alegrías y sentido los primeros pesares. Al clarear el día no vino á interrumpirles el sueño la campana mandarina del colegio, sino el despertar del campo con los variados rumores que tiene en las mañanas de sol y de trabajo; ni fueron voces extrañas las que oyeron, sino las de don Benito y doña Rita.

La casa de don Benito fue desde entonces muy visitada. Las familias dejaron la vida quieta é igual que solían llevar en aquel lugar apartado, y se dieron á fomentar toda clase de alegres entretenimientos, muy del agrado de todos por la franca cordialidad que los animaba. Las muchachas sentían por los hijos de don Benito un interés fácil de convertirse en pasión, si no era ya que el amor andaba apasionándolas en sus redes, y los jóvenes que encontraban sin rival á la hechicera Marujilla, se daban á fantasear ilusiones y á soñar idilios, propios de quien encuentra reunidos, á las gracias de la edad, los dones de la hermosura y del espíritu. Muchos eran los adoradores, sin que ella, acostumbrada á la vida del convento y del estudio, para la atención en el caso. Cuando salía de paseo oía al pasar frases de lisonja, y cuando los domingos entraba al templo, no quedaba mirada que no cayera sobre ella. Porque Maruja, con el cuerpo arrebujado en un chal de lana gris, de buen abrigo, y envuelta la cabeza en una toquilla de color azul celeste, aparecía como visión de ensueño á los ojos de quienes andaban delirando con sus encantos.


Jeromo llevaba la preeminencia entre los jóvenes, por haber estado en el colegio y por los caudales de su padre. Era el de más confianza y amistad con los hijos de don Benito, y esta amistad, nacida al calor de los juegos de la infancia, se había tornado en íntima y cordial á poder del compañerismo estudiantil.

Cuando los domingos iban sus amigos al convento, solía acompañarlos, y quedaba admirado de cómo la travie-

suca de la escuela de doña Petra, dejando las gracias de la niña, se iba transformando en mujer de insuperables hechizos. Algo habría dado Jeromo por que las visitas hubieran sido interminables, pero llegaba la hora, y la Madre superiora ordenaba la despedida. Los adioses iban y venían; las manos se entrababan á medias al través de la reja. La puerta que daba al interior crujía en sus pernos, y las alumnas desaparecían claustro adentro. Jeromo, reclinado al barandal, seguía con los ojos á Maruja hasta que se entornaba la puerta, y luego dejaba el salón llevando en el alma algo raro é indefinible que lo ponía pensativo y triste.

ANGEL MARÍA SAENZ

*(Concluirá)*



## EL CORPUS CHRISTI

Sabido es que el Ilustrísimo Señor Maestro don Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Santafé, fue quien estableció en el Nuevo Reino de Granada la procesión del Corpus Christi, y que la primera vez que el Señor Sacramentado salió en triunfo por las calles de la recién fundada ciudad, iba llevado por el sabio y santo fundador del Colegio del Rosario.

Apenas se concluyeron claustro y capilla, se estableció la costumbre, que duró doscientos años, de que el Santísimo Sacramento entrara á la iglesia, descansara en el altar, y saliera por el claustro, llevando durante ese trecho el palio los colegiales de número.

Tan hermosa práctica había cesado, muchos años há, por razones que es mejor olvidar; y se renovó felizmente el 15 de Junio próximo pasado. La capilla, el altar, el claustro estaban profusa, lindamente adornados de palmas y flores, banderas y luces. Por nuestros amplios alrededores desfilaron las cuatro mil personas que formaron